

LITERATURA MEDIEVAL

Volume II

ACTAS DO IV CONGRESSO
DA
ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Lisboa, 1-5 Outubro 1991)

Organização de
AIRES A. NASCIMENTO
e
CRISTINA ALMEIDA RIBEIRO

EDIÇÕES COSMOS

Lisboa
1993

© 1993, **EDIÇÕES COSMOS e ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**

Reservados todos os direitos
de acordo com a legislação em vigor

Capa

Concepção: Henrique Cayatte
Impressão: Litografia Amorim

Composição e Impressão: EDIÇÕES COSMOS

1ª edição: Maio de 1993

Depósito Legal: 63839/93

ISBN: 972-8081-05-7

Difusão

LIVRARIA ARCO-ÍRIS

Av. Júlio Dinis, 6-A Lojas 23 e 30 — P 1000 Lisboa
Telefones: 795 51 40 (6 linhas)
Fax: 796 97 13 • Telex: 62393 VERSUS-P

Distribuição

EDIÇÕES COSMOS

Rua da Emenda, 111-1º — 1200 Lisboa
Telefones: 342 20 50 • 346 82 01
Fax: 347 82 55

Del Caballero Medieval al Cortesano Renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías

Alberto del Río Noguera
Universidad de Zaragoza

No escapó al ojo crítico de Diego Clemencín una de las peculiaridades de la familia narrativa caballeresca que muy a menudo cae en el olvido, desplazada por la concentración mayor de la crítica en una serie de rasgos que resaltan la conexión de estas obras con una restauración idealizada del pasado. Me refiero al tributo rendido a la época en que son escritos. Decía el erudito decimonónico en una de sus jugosas notas a la edición del *Quijote*: «...los libros de caballerías, aunque fingidos, pintaban las costumbres generales de la era en que se suponían escritos», y ejemplificaba con una entrada espectacular en el Paso Honroso, con un carro tirado por caballos y guiado por un enano¹. No voy a detenerme en mostrar cómo las influencias en el montaje de los espectáculos fastuosos y su reflejo en la ficción caballeresca es asunto de ida y vuelta. Me limitaré más bien a aspectos concretos del trato social cortesano en lo tocante a la conversación y a los divertimentos que tienen por materia prima la palabra. Etienne Gilson escribió unas páginas memorables sobre el entramado ideológico que va desplazando el punto de vista desde la especulación sobre la naturaleza de las cosas hacia la del hombre, visto éste como ciudadano que se integra en una organización social regulada por leyes de origen humano. La razón de ser de esa convivencia se busca, precisamente, en el lenguaje. El hombre es, sobre todo, *homo loquens*, animal que habla y sociable, en consecuencia. De ahí la utilidad de la Retórica, en cuanto *ars de bene dicendi*, pues contribuye a articular en torno a la palabra todos los saberes y a hacerlos útiles. De ahí también la sobrevaloración de la elocuencia en la persona, que de esa forma pone en práctica la tensión hacia el modelo ideal de perfección que es el orador². Este planteamiento tiene también su consecuencia palpable en el campo de la caballería, que va tendiendo progresivamente hacia su entronque con el tipo humano del cortesano, dado a las letras y a la conversación. Y es que el caballero, por estas calendas, debe atender a algo más que a guerrear y debe completar sus habilidades con el desenvolvimiento en las artes del trato palaciego, entre las que destacan especialmente las de la charla amena. De sobras es sabido que la importancia que en *Il Cortegiano* se les concede lleva a su autor a dedicar íntegro el libro II a esta faceta del trato en sociedad. La preocupación no es nueva, aunque sí brota con renovada fuerza por esos años a caballo entre la Edad Media tardía y el comienzo del Renacimiento. Si la conjunción de *sapientia* y *fortitudo* había sido el ideal rector de una educación nobiliaria³, hay que admitir, sin embargo, que como demuestran multitud de documentos y como el maestro Martín de Riquer ha comentado sagazmente, en la conciencia del estamento nobiliario las palabras son femeninas y feudo por lo tanto de letrados⁴, y los hechos de armas masculinos y más propios, pues, de varones arriscados. Enfoque tan excluyente, sin embargo, había ido perdiendo fuerza de manera progresiva⁵. En un trabajo ya clásico sobre las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán, Carlos Clavería destacaba el hincapié hecho por las crónicas del XV en la valoración del buen conversar en el caballero⁶. Por ejemplo, del Condestable don Alvaro de Luna leemos en su crónica: «E si otras veces razonaban algunos alabando a sus amigas, e contando los casos de amores, don Alvaro los sabía assí graciosamente dezir, que todos avían muy grand voluntad de le oír hablar, e el Rey sobre todos»⁷. Esta nueva valoración va ganando terreno no sólo en la historiografía sino también en la literatura y convive con una ideología

cabalresca bien arraigada. Entre las páginas refundidas o creadas de nuevo por Montalvo, el pensamiento escasea, pero aflora de vez en cuando en los parlamentos de los personajes, como en esta respuesta del gigante Matroco de las *Sergas*, rechazando la petición de su madre para que dejase el enfrentamiento con el Caballero Negro: «¿Qué cuenta o excusa yo podría dar, siendo tan valiente y esforzado en tal edad, si por temor de la muerte tal batalla como ésta dejase? A vos, como mujer, conviene decir eso, y a mí, como caballero, hacer estoto»⁸. La acción, frente a la palabra, encontradas y sin posible conciliación. Antes, en el mismo *Amadís*, se lee la siguiente acusación contra el héroe, cuando Beltenebros se niega a aceptar la invitación de unos caballeros a entrar en justa: «Paréscenos, cavallero, que essas vuestras armas más son defendidas con palabras fermosas que con esfuerço del corazón; assí que bien podría quedar para se poner sobre vuestra sepultura, aunque biváis cient años»⁹. Más adelante, Gasquilán está tentado de dudar sobre la valía de Amadís al escuchar su elocuencia y contemplar sus maneras cortesanas: «...como le vio tan hermoso y tan sosegado y con tanta cortesía, si no conociera tanto de su bondad, assí por oídas como por lo aver provado, no lo tuviera en mucho; que a su parescer más aparejado era para entre dueñas y donzellas que entre cavalleros y autos de guerra»¹⁰. Los dos términos del binomio clásico ya aludidos, fortaleza y sabiduría, entran en conflicto y en la mente de la Emperatriz surge el juicio que los contrasta. Maravillada del tiento y la gracia de Amadís en responder, «dezía entre sí que no podía ser su esfuerço tan grande que a su mesura y discreción sobrepujar pudiesse»¹¹. Son éstos resabios de un pensamiento atávico que entra en abierto conflicto con la nueva imagen, más acorde con los tiempos, que del caballero se está forjando. Hasta el punto de que el propio narrador debe salir al paso de esa falla en el sistema ideológico de Gasquilán y aclarar a renglón seguido que como Amadís «fuesse valiente de fuerça y corazón, assí se preciava de lo ser en la palabra, porque tenía creído que el que muy esforçado avía de ser en todo era necessario que lo fuesse, y si algo dello le faltasse, que le menoscabava en su valor mucho»¹². La justificación es significativa y aparece en un tramo de la obra en que la andadura de los caballeros experimenta una transformación considerable. Juan Manuel Cacho ha señalado el funcionamiento de la corte de Constantinopla como recinto en que los personajes deben poner a prueba su destreza en el dominio de la etiqueta social¹³. Se iniciaría así, a partir del libro III, un acercamiento mayor a los nuevos modos cortesanos, quizás no del todo ajeno a la importancia adquirida por el grupo de los letrados en el reinado de los Católicos¹⁴. Castiglione en su *Cortegiano* recriminaba por boca del conde Ludovico de Canosa la exclusiva atención del caballero a los menesteres guerreros. Boscán en su traducción de 1534 vertía la facecia al castellano de la siguiente manera:

«A estos tales con razón se puede decir lo que una gentil dama dixo una vez delante de otras muchas a un caballero que agora yo no quiero nombrar, el qual, siéndole por ella pedido que danzase, y no queriendo él aquello ni oír música ni otra ninguna cosa de las que suelen usarse entre hombres de corte, diciendo que no se pagaba de aquellas burlerías, al cabo preguntado por esta señora de qué se pagaba, pues, respondió con un semblante muy fiero: Yo, de pelear. Díxole ella entonces, con una buena risa: Pues luego agora que no hay guerra ni hay para qué seáis, yo sería de parecer que os concertasen y os untasen bien, y, puesto en vuestra funda, os guardasen con los otros ameses para cuando fuédes menester»¹⁵.

De esas cosas que «suelen usarse entre hombres de corte», la elocuencia y la afabilidad son recursos destacados que pasan a engrosar el elenco del caballero. De Beltenebros se nos dice que «tomó por su escudero a Enil, sobrino de don Gandales, su amo, sin que él supiese quién era ni a quién servía, mas de ser contento dél por la su graciosa palabra»¹⁶. La elección de Beltenebros es coherente cuando el héroe ha de conducirse entre las aulas palaciegas tan adecuadamente como en palenques, pasos y batallas campales.

En ese nuevo decorado áulico al caballero se le presentan celadas verbales que debe resolver en términos de desenvoltura cortesana. El episodio de la infanta Leonorina en que el

caballero contesta de manera esquiva a la petición de unos dones maliciosamente demandados, nos presenta a un huidizo Amadís que ha sabido salir ingeniosamente de la trampa tendida: «Todavía — dixo ella — quiero que sea vuestro, [el anillo] porque se os acuerde de aquel encubierto lazo que os armé, y cómo con tanta sotileza dél escapastes»¹⁷. Del desplazamiento hacia estas nuevas parcelas deriva la superposición del vocabulario bélico y cinegético, al de los encuentros verbales, que se plantean de esta forma como si de lides de enfrentamiento personal se tratase. El rey y su corte asisten a las escaramuzas verbales y ejercen funciones propias de los asistentes a los torneos: «Mi señor, bien será que echéis el bastón entre estos dos caballeros», comenta el rey Cildadán a Lisuarte¹⁸. Tampoco es de desdeñar la influencia de los debates poéticos en esta contaminación. Al estudiarlos en el ámbito cancioneril, John G. Cummins resaltó su carácter de torneo verbal que suele tener muy presente a la hora de su escritura las normas de los desafíos, en cuanto a formalismo de los retos, plazos y respuestas. Así como la complicidad de un público que juega un importante papel de espectador atento a la esgrima poética: «...quiero con busco jugar a las cañas / delante del Rey muy alto, y ilustrado...»; «Con busco desseo entrar en requesta / En esta gran corte e alta floresta». «E pongo vos plazo de días solares / para rresponder aquesta lyçión...»; «Ayamos juezes entre mí e vos» son algunos de los versos que jalonan la confrontación¹⁹. No faltan entre los libros de caballerías de la tradición hispánica practicantes de esta modalidad poética cancioneril que estimula el intercambio de preguntas y respuestas ingeniosas en que cada uno de los participantes debe superar la prueba a que se le somete con la interrogación. No nos interesa ahora la vena poética de Amadís, que da rienda suelta a sus cuitas amorosas en los versos de un villancico; tampoco la pasión de Floramán por la lírica en el *Palmerín de Inglaterra*, que le lleva a recoger los cantos amorosos acordes con su melancolía y a registrarlos en las cortezas de los árboles. Así nos regaló con la famosa «Tenção de Miraguarda»²⁰. La lista de caballeros andantes poetas y músicos la amplía Clemencín en una de sus eruditas notas al *Quijote*²¹. Deja en el tintero, porque el *Cavallero Zifar* es harina de otro costal, las encendidas quejas de Roboán y la emperatriz Nobleza al despedirse en la última parte del libro²². Pero estas son efusiones líricas sinceras, producto de más o menos arrebatados sentimientos personales, de cariz bien diferente del que exhibe el juego cortesano de puro lucimiento y demostración habilidosa con el verso, que es el que puede encontrarse, por ejemplo, entre las páginas del *Don Florindo*, salido de la imprenta zaragozana de Hardouin en 1530 y firmado por Fernando Basurto²³. En él leemos tras la justa entre el Caballero Extraño y Alberto Saxio que «un poeta que allí se halló, llamado Enio, improvisó hizo una copla al mesmo caso, que embió al rey, que dezía así:

Copla de Enio al rey

Pues no yerro en preguntar,
Sereníssimo y gran rey,
¿Tal manera de encontrar
Por ventura está por ley?
Porque según mi recelo,
No sé yo si en él me engaño,
La nube que está en el suelo
No podrá llover ogaño.

El rey, que asistía en calidad de juez al enfrentamiento, no necesita que sus acompañantes le insistan para que conteste a la pregunta de Enio, «pues era dado al sabor del metro». Puesta mano a la pluma, escribe:

Enio Poeta, pues me as preguntado
del encuentro gracios aquí succedido,
yo hallo razón que seas respondido
conforme al sentido, que él se lo ha ordenado.
Scripto está en ley, por fuero guardado,

que se dé la presea al mejor justador.
Y si justando venciere la culpa y pecado,
que el alto thesoro le sea luego dado
conforme a las obras de que fue hazedor.²⁴

El procedimiento, incluso en su forma de acometer el intercambio de versos, está atestigüado en los cancioneros del siglo XV, como es bien sabido y demuestra esta pregunta del señor conde de Triviño a Gómez Manrique, su hermano:

Pues no es yerro preguntar,
querría saber de vos,
amar e dexar de amar
si es en Dios o si es en vos²⁵.

Las contestaciones suelen utilizar el mismo tipo de verso y la misma secuencia de rimas de la demanda²⁶, norma de juego que aparece explícita en otro episodio en que el trompeta, «siendo dado al exercicio del componer, determinó de responder al rey por los mismos pies que le había hablado»²⁷.

Los practicantes estaban prestos al encuentro verbal sorpresivo; la rapidez, como si se tratase de una lid armada, era facultad resaltada muy positivamente. El objetivo era no dejarse avasallar por el contrario. Suero de Ribera en sus *Coplas sobre la gala*, acudiendo al omnipresente vocabulario guerrero, lo expresaba en los siguientes y significativos términos:

El galán persona honesta
deue ser, sin renzilla;
no yr solo por la villa
y ser de buena respuesta;
tener la malicia presta
por fengir de ausiado;
como quien arma ballesta²⁸.

Esa especial valoración de la presteza nos demuestra que estamos en el dominio de la poesía de repente: «Quando el rey ovo entendido que lo había dicho por la fermosura de las dos lindas damas que con él venían, le pareció que era bien respondelle graciosamente concertando con lo que él dezía. E siendo salteado de su bivo ingenio, le respondió de presto con una copla». Las nuevas estrategias de guerra verbal, trátese de poesía, trátese de motes o cualquier otro encuentro, exigen pronto ataque y defensa²⁹.

Estas escaramuzas traducen el gusto por la ingeniosidad y la agudeza que anidaba en las formas sociales cortesanas, y la exigencia de otras facultades en el caballero al margen del dominio de las artes guerreras. Significativamente, en el *Rogel de Grecia* de Feliciano de Silva, libro oncenno del *Amadís*, se piden epigramas y se premia el mejor en el ámbito de un desafío provocado por un jayán que aparece misteriosamente entre dos reales en el capítulo LXXIII de la primera parte. Se compite primero con la pluma a guisa de justa poética y luego con la lanza en campo abierto. O viceversa, pues poco importa el orden en la demostración de una destreza complementaria³⁰.

Pero en ocasiones el encuentro no afecta exclusivamente a los caballeros, sino que tiene como combatientes distinguidos a las damas de la corte. Es el caso de las sesiones de motes en los saraos palaciegos. Luis Milán dio a la imprenta un precioso libro de faltriquera, conocido como *Libro de motes de damas y caballeros, titulado juego de mandar*, en que se recoge una muestra de los requiebros intercambiados en cortes como la valenciana de Germana de Foix y el duque de Calabria, en que damas y galanes jugaban a lanzar en pocos versos pullas alusivas al nombre, condición o relación de los participantes³¹. No falta entretenimiento parecido en nuestros libros de caballerías. En la corte del emperador de Constantinopla, Cirongilio de

Tracia y sus compañeros asisten a un sarao al que acuden con una cifra bordada en sus vestiduras que representa la inicial del nombre de la dama. Demuestran allí sus dotes de danzadores, «todo lo qual passado, aquellos cavalleros, juntándose un día, ordenaron unos motes los quales determinaron embiar a aquellas infantas y señoras». Cada uno de los galanes escribe en un pliego de papel una a modo de máxima o adivinanza que exige contestación complementaria por parte de su dama. Esta no se hace esperar, y determinada la precedencia de cada uno de ellos, «cada una se dispuso a responder al mote que le era endereçado». El juego obtiene conjunciones del siguiente tipo, entre las que se adivinan velados sentidos eróticos³²: «Y luego dixo don Cirongilio: «Quando el merescimiento es grande por razón ninguno es digno dél». [...] De la infanta Regia a don Cirongilio: «Los servicios suspender» [...] Don Nicanor dixo: «Ayla, ayla, ayla» [...] De Faresia a don Nicanor: «No aquí, no aquí, no aquí». [...] Artadel el Salvage dixo: «Entré sin ella y halléla en entrando». [...] De Florimela a Artadel: «La impossibilidad de vuestro remedio». Los caballeros, informa el narrador, pasan muchos días en «semejantes passatiempos y rescibiendo dellos mucha recreación»³³. Su estancia, una vez más en una corte de Constantinopla que resulta el ámbito ideal para la demostración de unas habilidades diferentes de las estrictamente guerreras, es remanso palaciego que otorga variedad e introduce la componente cortesana en la narración.

Pero ahora dejemos esta parcela lúdica y volvamos de nuevo a las artes de la conversación. Sabido es el aprecio que el hombre del Renacimiento sentía por las historias curiosas o simplemente entretenidas y regocijantes, cuyo manejo desenfadado llegó a formar parte de los ideales del perfecto cortesano. Hay en el fondo de este cultivo de la anécdota ingeniosa una reverencia por la palabra y la facultad humana del lenguaje, y también de la risa, que el humanista elevó a norma de comportamiento social distinguido³⁴. Aunque su empleo en la literatura contaba con los antecedentes medievales de los *exempla*, ahora con las facecias se trasciende la alegoría y se asocia a una interpretación particular, histórica en definitiva³⁵. No parece, pues, muy fuera de propósito que este tipo de fenómenos, basados en valoración tan positiva de la lengua y el ingenio sean captados por unos autores que escriben sus libros de caballerías en época tan preocupada por delinear aquellos aspectos sentidos como cruciales para la elocuencia y el trato en sociedad. Nuevamente Fernando Basurto nos muestra en su *Don Florindo* un curioso empleo de estos recursos. Suelen estas facecias ir ligadas al hilo de la argumentación en los diálogos. Así sucede en los principios de la novela cuando el héroe anda preguntando por el camino hacia las tierras italianas:

Si vos — dixo el peregrino — oyérades como yo ciertas palabras que dixo un soldado de los de Anfbal, no mostraríades tanta voluntad de ir en Italia. ¿Y cuáles fueron?, dixo Florindo. Yo — dixo el peregrino — os las diré. Estando de aposento aquel soldado con otros en un lugarico pequeño a quatro millas de Capua, les llegó nueva cómo unos villanos de la comarca de Bolonia havían degollado por traición a ciertos españoles que tenían hospedados en sus casa. Acerca de lo qual dixo el soldado: ¡O, Italia, Italia, quién de lexos te oyesse y de cerca nunca te viesse! Más quiero leher tus hazañas que gozar de tus triumphos. En tí venimos a buscar la vida y a los más causas la muerte, pues eres sepulcro de estrangeros e vengança de naturales³⁶.

La persuasión tiene su contrapartida unas pocas líneas más abajo, también en boca del mismo peregrino y ahora con el propósito de convencer a Florindo sobre la buena elección de destino: «Viendo el peregrino que la deteminación del caçador era irse en Italia, le consoló con otras palabras que dixo otro soldado de Ponpeo viéndose muy perdido: O Italia, Italia, qué valdrían los guerreros sin ti, y tú qué vales sin mí! Más me quiero conocer ansí que próspero estar sin ti»³⁷. Sabido es que los cuentecillos suelen, por norma general, extraerse de un fondo común recogido en florestas y antologías de dichos y hechos curiosos, que facilitan la coincidencia de empleo en varios autores. No he encontrado fuente conocida hasta el momento para la anécdota anterior, pero sí que existe un curioso caso de relación tripartita con dos famosos y controvertidos textos de la literatura dialogal renacentista. El libro de Basurto

recoge la historia del monarca que se casó cuatro veces, asunto de los capítulos X al XIII del *Diálogo que trata de las transformaciones de Pitágoras*, y también desarrollado por Cristóbal de Villalón en su *Scholástico*³⁸. Si en el diálogo era el gallo quien narraba una circunstancia de una de sus muchas vidas anteriores, aquí es Florindo quien, haciendo gala de su saber libresco, confiesa haber leído en obra edificante «un capítulo que tratava de un monarca que aconsejaba a Patronio, su hijo, que no se casase sino con persona que conociesse y que en generosidad de sangre fuese su igual y que recibiese en dote lo menos que pudiese y que en extremo no fuese hermosa»³⁹. El largo desarrollo de la anécdota es textualmente idéntico en las tres obras, con muy ligeras variantes que hacen pensar en una fuente compartida por los autores. Su empleo ejemplifica claramente los mecanismos de engarce de este tipo de cuentecillos, en este nuestro caso engastados en significativas secuencias misóginas y de tono moralizante⁴⁰.

No es de desdeñar, pues, la veta didáctica con que se ofrecen las historietas contadas, veta acorde con unos planteamientos expresos por norma general desde los mismos preámbulos de las obras. Muchas de ellas se presentan como ejemplarios en que hallar modelos de conducta. Recuérdese el prólogo de Montalvo: «los quales cinco libros [...] son con las tales emiendas acompañados de tales enxemplos y doctrinas, que con justa causa se podrán comparar a los livianos y febles saleros de corcho, que con tiras de oro y plata son encarcelados y guarnescidos, porque así los cavalleros mancebos como los más ancianos hallen en ellos lo que a cada uno conviene»⁴¹. Tampoco es de extrañar bajo estos presupuestos que el *Amadís* funcione como manual de *curialitas*⁴². Porque unos pueden encontrar enseñanzas morales y otros, modos de conducirse en situaciones cortesanas. Así parece insinuarlo Fernández de Oviedo al comienzo de su *Claribalte*, al anunciar que su libro es «conforme a las lecciones que deven tener los cavalleros e aun para aviso de muchos trances de honrra en que tropieçan los que della se precian, como por los rieptos e hechos de armas e amorosos exercicios que aquí se contienen se puede notar»⁴³. Y bajo esta luz es sumamente significativo el hecho de que el anónimo autor del *Trésor d'Amadís* ofrezca su selección de la obra de Montalvo como fuente de imitación para salir airoso de situaciones en que el manejo de la palabra en medio refinado se hace imprescindible⁴⁴.

Los autores de libros de caballerías sazonan las andanzas guerreras de sus héroes con episodio en que su comportamiento curial se ofrece como paradigma de conducta para el nuevo ideal de caballero andante. Este ha debido arrinconar su espada y rodela, reservándolas de manera casi exclusiva para torneos y demás muestras espectaculares y ha debido aplicarse de manera decidida a la pluma, a la conversación y al juego de cortesanía. Signos de los nuevos tiempos.

Notas

¹ Empleo la edición madrileña de 1894, en ocho volúmenes, salida de la imprenta de la Viuda de Hernando. El texto en la nota 60 al capítulo XXI de la primera parte.

² Las páginas se encuentran en «Le message de l'Humanisme», primero de los estudios reunidos por F. Simone en *Culture et politique en France à l'époque de l'Humanisme et de la Renaissance*, Turín, Accademia delle Scienze, 1974. Se resumen y comentan en los preámbulos del importante trabajo de Marc Fumaroli, *L'Age de l'éloquence. Rhétorique et res literaria de la Renaissance au seuil de l'époque classique*, Genève, Droz, 1980.

³ Sobre este particular conviene remitir al libro de Anthony van Beisterveldt, *Amadís, Esplandián, Calisto. Historia de un linaje adulterado*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, 1982.

⁴ Entre otros lugares, en su presentación de las cartas caballerescas del autor del *Tirant*. Martín de Riquer y Mario Vargas Llosa, *El combate imaginario. Las cartas de batalla de Joanot Martorell*, Barcelona, Barral, 1972.

⁵ Sobre la evolución del caballero hacia la *curialistas* resulta interesante el panorama trazado por Thomas Szabó en «Dal mito della cavalleria al mito della corte», recogido en *L'immagine riflessa*, Génova,

XII (1989), 343-366. En el mismo monográfico, dedicado a «Forme dell'identità cavalleresca», puede leerse el trabajo de Francesco Erspamer, «Metamorfosi del cavaliere. Un percorso nella trattatistica del Cinque e Seicento», *Ibidem*, pp. 433-60.

⁶ «Notas sobre la caracterización de la personalidad en las *Generaciones y semblanzas*», *Anales de la Universidad de Murcia*, 10 (1951-52), 481-526. Las páginas sobre la soltura en el decir a partir de la 518.

⁷ *Crónica de don Alvaro de Luna, Condestable de Castilla, Maestre de Santiago*. Edición de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, p. 28.

⁸ Cito por la edición de 1857 de Pascual de Gayangos, tomo XL de la Biblioteca de Autores Españoles, nuevamente impresa en *Libros de caballerías*, I, Madrid, Atlas, 1963, p. 414 a.

⁹ Para el *Amadís* empleo la edición de Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987, I, p. 782.

¹⁰ *Ibidem*, II, p. 1548.

¹¹ *Ibidem*, 1161.

¹² *Ibidem*, p. 1548.

¹³ Debe consultarse su estudio sobre el *Amadís: heroísmo mítico-cortesano*, Madrid, Cupsa, 1979, y las notas 55 y 56 al capítulo LXXIV del tercer libro de su citada edición. Véase ahora el libro de Juan Bautista Avalle Arce, *Amadís de Gaula: El primitivo y el de Montalvo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 310-11, donde se habla de la responsabilidad de Montalvo en el tránsito del héroe hacia el caballero cortesano.

¹⁴ Véase la nota 2 de Juan Manuel Cacho al capítulo CXIV del tercer libro del *Amadís*. Y el estudio de Helen Nader, *The Mendoza Family in the Spanish Renaissance. 1350 to 1550*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1983.

¹⁵ Uso la edición que Rogelio Reyes Cano preparara sobre la traducción del original italiano hecha por Juan Boscán, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, 5ª ed., p. 96.

¹⁶ Edición citada, p. 746.

¹⁷ *Ibidem*, p. 1169.

¹⁸ *Ibidem*, p. 1548.

¹⁹ «Methods and conventions in the 15th-century poetic debate», *Hispanic Review*, XXXI (1963), 307-23. Los textos en las páginas 308-12.

²⁰ El poema de Amadís, «Leonoreta, fin roseta», en el libro II, capítulo LIII, interpretado por un grupo de doncellas ante Lisuarte. Véase el trabajo de Juan Bautista Avalle-Arce, «Leonoreta, fin roseta' (*Amadís de Gaula*, II, liv)», *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, Madrid, FUE, 1986, pp. 75-80. Fija su texto Vicente Beltrán en «La Leonoreta del Amadís», *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (1985), Barcelona, PPU, 1988, pp. 187-97. En el capítulo VIII del segundo libro del *Palmerín* se encuentra el de Floramán.

²¹ Ed. citada, nota 32 al capítulo XXIII de la primera parte.

²² Véase el artículo de Brian Dutton y Roger M. Walker, «El Libro del Cavallero Zifar y la lírica castellana», *Filología*, IX (1963), 53-67.

²³ Para un resumen de sus características, puede verse mi trabajo: «Una trayectoria caballeresca singular: el *Don Florindo* de Fernando Basurto», *Journal of Hispanic Philology*, 12 (1988), 191-205.

²⁴ *Libro agora nuevamente hallado del noble y muy esforçado cavallero don Florindo, hijo del buen duque Floriseo de la Estraña Ventura, que con grandes trabajos ganó el Castillo Encantado de las Siete Venturas*, Zaragoza, Pedro Hardouin, 1530, f. L r.

²⁵ Raymond Foulché-Delbosc, *Cancionero castellano del siglo XV*, Madrid, Bailly, Baillière, 1915, nº 370.

²⁶ Véase sobre este asunto el estudio de José J. Labrador, *Poesía dialogada medieval. La «pregunta» en el Cancionero de Baena. Estudio y antología*, Madrid, Maisal, 1974.

²⁷ Edición citada, f. LXXVII r.

²⁸ Empleo la edición de Francisco López Estrada, con inteligentes comentarios, en *Poesía medieval castellana*, Madrid, Taurus, 1984, pp. 194-95. En la composición de Hernando de Ludueña que siempre se cita como pareja a ésta, se lee: «Buena gracia y buena lengua/al discreto cortesano/hazen la plaça segura»; una muestra más de la invasión de lo bélico en la jerga cortesana. (*Doctrinal de gentileza*, editado por Antonio Rodríguez-Moñino en el *Suplemento al Cancionero General de Hernando del Castillo*, Valencia, Castalia, 1959, p. 122).

²⁹ Miser Federico, en *El Cortesano*, lo apunta en uno de sus razonamientos: «Viendo por esperiencia que el donaire, para ser gracioso, ha de ser tan presto que os dé en el alma antes que quien le dice parezca que le pueda haber pensado; de otra manera será siempre frío». Ob. cit., p. 180.

³⁰ He consultado la edición de Zaragoza, salida de las prensas de Pierres de la Floresta en 1568. Debe verse el trabajo de Daniel Eisenberg, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century. A bibliography*, London, Grant & Cutler, 1979; ahora en trance de revisión por el propio autor y María Carmen Marín; y el libro pionero de Sidney Cravens, *Feliciano de Silva y los antecedentes de la novela pastoril en sus libros de caballerías*, Chapel Hill, Estudios de Hispanófila, 1976. Son de intrés la reivindicaciones delineadas por el propio Eisenberg en «*Amadís de Gaula and Amadís de Grecia. In defense of Feliciano de Silva*», *Romances os Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Juan de la Cuesta, 1982, pp. 75-85, y por Fernando Arrabal, en «*Feliciano de Silva, autor maldito*», *Suplemento Libros de El País*, 3 de abril de 1986, pp. 1, 6 y 7. Así como el artículo de Marie Cort Daniels, «*Feliciano de Silva: A Sixteenth-Century Reader-Writer of Romance*», recogido en *Creation and Recreation: Experiments in Literary Form in Early Modern Spain. Studies in Honor of Stephen Gilman*, edited by Ronald Surtz and Norah Weinerth, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta Hispanic Monographs, 1983, pp. 77-83, en lo que se me alcanza única entrega tocante a Feliciano de su tesis mayor, *The function of Humor in the Spanish Romance of Chivalry*, que no he podido consultar.

³¹ El librito salió con fecha de 1535, en Valencia, por Francisco Díaz Romano, y fue editado como apéndice al *Cortesano* del mismo autor en la Colección de libros españoles raros y curiosos, Madrid, 1874. Existen dos ediciones facsímiles, la de Torculum y la de París-Valencia. Víctor Infantes me comunica que una edición suya se encuentra en prensa en Alicante.

³² Resaltados para el caso de Luis Milán por Víctor Infantes en su «*Rosal de motes para galanes prevenidos*», aparecido en *Azul*, Cuaderno de Cultura de *El Periódico de Guadalete*, nº 69 del día 17 de marzo de 1990, pp. VIII-IX. Puede verse también el estudio de Jeanne Battesti-Peegrin, «*Le Libro de motes de damas y caballeros de Luis Milán: le jeu rhétorique*», recogido en *La Fête et l'écriture. Théâtre de cour, Cour-Théâtre en Espagne et en Italie, 1450-1530* (Colloque International, 1985), Aix en Provence, Université de Provence, 1987, pp. 95-118.

³³ Los motes se encuentran en el capítulo XXXV del *Libro tercero del valeroso e invencible caballero don Cirongilio de Tracia*, escrito por Bernardo de Vargas y editado en Sevilla en 1545 por Jacobo Cromberger.

³⁴ Véase, entre la numerosa literatura, Antonio Prieto, *La prosa española del siglo XVI*, Madrid, Cátedra, 1986, I, pp. 17-57.

³⁵ Alberto Bleuca, «*La littérature apophtegmatique en Espagne*», recogido por Augustin Redondo en *L'Humanisme dans les lettres espagnoles*, Paris, Vrin, 1979, pp. 119-32; así como su introducción a *Las seiscientas apotegmas* de Juan Rufo, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.

³⁶ Edición citada, f. II r.

³⁷ *Ibidem*, f. II v.

³⁸ El texto de *El Scholástico* se encuentra en el libro IV, capítulo IX, páginas 191-95 de la edición de Richard J. A. Kerr, Madrid, CSIC, 1967, vol. I. La profesora Ana Vián, buena conocedora de los entresijos de estos textos, ha estudiado la cuestión en su edición en prensa del *Diálogo de las transformaciones*. Véase, mientras tanto, sus artículos: «*El diálogo de las transformaciones y el enigma de su autoría*», *Dicenda*, 3 (1984), 117-40. Y «*El Diálogo de las transformaciones: 'hallazgo' y descripción del manuscrito*», *Criticón*, 31 (1985), 143-52.

³⁹ Edición citada, f. V v.

⁴⁰ Además del artículo citado en nota 23, puede verse mi trabajo: «*Misoginia y libros de caballerías. El caso de don Florindo: un héroe del desamor*», *Actas del II Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Segovia, Octubre de 1987 (en prensa).

⁴¹ Edición citada, I, p. 225.

⁴² Véase al respecto la obra clásica de Eugène Baret, *De l'Amadis de Gaule et de son influence sur les moeurs et sur la littérature au XVI^e et au XVII^e siècles*, reeditada en su versión de 1873 por Slatkine Reprints de Ginebra, 1970.

⁴³ *Libro del muy esforçado e invencible Cavallero de la Fortuna, propiamente llamado don Claribalte*, Valencia, Joan Viñao, 1519, f.II. r.

⁴⁴ El asunto se estudia en detalle en el trabajo de Edwin B. Place, «*El Amadís de Montalvo como manual de cortesanía en Francia*», *Revista de Filología Española*, XXXVIII (1954), 151-69.